

EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO: **UN LEGADO UNIVERSAL DE COEXISTENCIA**

Autor: Gandalf el Gris

Desde tiempos inmemoriales, la coexistencia ha formado parte de la historia del ser humano, siendo indispensable para la conformación de las civilizaciones, y en la resolución de los conflictos tanto personales como sociales. Incluso, a mi parecer, la coexistencia ha adquirido mayor relevancia en determinadas épocas. Pero ¿qué es la coexistencia? ¿Y por qué es tan importante practicarla en Venezuela actualmente?

El Diccionario de la Real Academia Española define la coexistencia como: «Existencia de una persona o de una cosa a la vez que otra u otras»¹. Es decir, yo existo como ser único y, al mismo tiempo, coexistó con otras personas independientemente del sexo, la religión, clase social, nacionalidad, etc.

Si reflexionamos sobre la historia de Alemania entre 1939 y 1945, por ejemplo, veremos que la coexistencia tuvo interesantes y complejas connotaciones: el deterioro progresivo de las relaciones sociales y políticas entre los partidarios y adversarios de Adolf Hitler, las acciones que emprendieron miles de personas para salvar a sus familiares y a ellos mismos de la barbarie, las deplorables vivencias de los internados en los campos de concentración. De manera similar, las relaciones entre los venezolanos –independientemente si vivimos o no en Venezuela– se han visto afectadas debido a la aniquilación –hasta extremos inconcebibles– de los derechos generales de la sociedad por parte del régimen chavista. Por tanto, coexistir es trascendental para superar de forma progresiva la crisis, así como para determinar el presente y futuro de nuestro país.

He reflexionado mucho sobre lo anterior a partir de mi lectura del extraordinario libro *El hombre en busca de sentido* de Viktor Frankl, psiquiatra y escritor judío (1905-1997). Frankl relata sus experiencias y las de sus compañeros antes de ser apresados por los nazis, luego como prisioneros en diversos campos de concentración y, finalmente, durante su liberación. A través de su testimonio, busca explicar y ejemplificar las múltiples

¹ Real Academia Española, *Diccionario de la Real Academia Española* (España: Espasa Calpe, 2001), 580.

condiciones mentales que aquejaban a los prisioneros y, en definitiva, cuestionarse si todos sus padecimientos tenían algún sentido trascendental para sus vidas.

Su libro propone varios temas relacionados con la condición humana: la resistencia y lucha ante las adversidades, las bajas e injustas acciones que puede cometer una persona en contra de sus semejantes, la búsqueda de la libertad, entre otras. Y entre estos temas considero que Frankl –de una manera u otra– también habla sobre la coexistencia en tiempos difíciles y complejos. En este punto, hallé semejanzas (tanto personales como generales) entre varias de las situaciones narradas –salvando las distancias, claro está– con la situación actual de Venezuela.

La primera analogía, que abarca ampliamente la importancia de la coexistencia en épocas difíciles, la encontré en lo que describe como: « [...] la lucha inexorable por el trozo de pan de cada día, por salvar la propia vida o la de un buen amigo»². Creo que la mayoría de los venezolanos estamos bastante familiarizados con esta reyerta diaria. En mi hogar, por ejemplo, a pesar de que mis padres y yo somos profesionales en nuestras respectivas carreras, y hacemos múltiples esfuerzos por ejercerlas, en considerables oportunidades nos hemos preguntado: «¿Qué comeremos hoy? ¿Cómo llegamos a esta situación?»

Conozco numerosos casos de familiares, amigos y colegas que se encuentran en la misma situación o peor. Algunos trabajan incansablemente por un sueldo exiguo para comprar algo de comer; otros laboran en el extranjero, a pesar de sus dificultades, porque es la mejor solución que tienen para enviarle dinero a sus seres queridos que viven en Venezuela. Sí, es una “lucha inexorable” que muchos venezolanos mantenemos en contra de las penosas circunstancias que nos acosan, tanto por nosotros como por otros.

Con relación a la ayuda que le podemos brindar a un amigo, quisiera rememorar un episodio narrado por Frankl. En una ocasión, durante las labores que mantenían los prisioneros en las vías de un tren, él tuvo que ayudar a uno de sus amigos, que padecía una luxación en la cadera, a cargar una traviesa. Frankl sabía que, si esta persona caía con el pesado objeto, corría el riesgo de recibir una paliza por parte de los guardias o empeorar su

² Victor Frankl, *El hombre en busca de sentido* (España: Herder, 2004), 29.

lesión; a pesar de estar famélico y agotado, decidió ayudarlo y por ello recibió un duro golpe en la espalda propinado por un vigilante.

Este incidente me recuerda a algunas situaciones que vi y viví en las manifestaciones de 2017. En la primera marcha de ese año asistí con una persona cercana a mí, y en Sabana Grande las fuerzas militares nos atacaron a todos los manifestantes con bombas lacrimógenas. Entre la algarabía, el regente de un local nos dejó refugiarnos, aun sabiendo que podían atacar su tienda, hasta que la situación se “normalizara” y pudiéramos salir. Fue un impulso rápido y valiente por ayudar desinteresadamente a un montón de extraños.

Más impresionante todavía pueden ser las acciones valerosas de personas que protegen a otras para evitar que las encarcelen, o que se arrojan frente a una bomba lacrimógena para alejarla de una multitud, por ejemplo. Son esos actos de coraje en los que alguien socorría a un amigo o extraño, sabiendo que eso podía costarle su libertad o la vida misma, que me hacen pensar en las formas tan peculiares cómo se puede manifestar la coexistencia.

Indudablemente, hay otras formas de coexistir durante circunstancias adversas. Frankl describe cómo los prisioneros improvisaban espectáculos de cabaret para cantar, recitar poemas o contar chistes.

Reían, alborotaban un poco, a veces dejaban resbalar una lágrima [...]. Todo con la exclusiva finalidad de ayudarnos a olvidar la cruda realidad, y en verdad lo conseguían. El espectáculo tenía tanto éxito que hasta algún prisionero común se acercaba a la función, a pesar del cansancio agotador y de que tal vez, por ello, perdiera su escuálido rancho diario.³

Releyendo estas líneas recuerdo una reunión que celebramos algunos vecinos, mis padres y yo luego del segundo gran apagón de este año. Comenzó como una velada sencilla para hablar sobre la situación actual, y terminó con todos cantando canciones de los ochenta al ritmo de una guitarra; incluso, un matrimonio de vecinos trajo una botella de

³ Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 69. Frankl emplea el término “rancho” para referirse a la mísera comida que les daban diariamente.

licor –que reservaban para una ocasión especial– y la compartieron con todos. Igual que los prisioneros, nosotros también estábamos muy felices y agradecidos de poder contar con un “pequeño” encuentro que nos ayudara a olvidarnos momentáneamente de tan penosa circunstancia.

Por otra parte, no debemos olvidar que la coexistencia también involucra relacionarse con aquellos que mantienen una línea de pensamiento distinta a la nuestra o que nos hayan ofendido, inclusive. En nuestro país, donde ha existido una gran polarización ideológica, esto se ha puesto a prueba en incontables oportunidades.

Personalmente sé lo que significa convivir con alguien cercano que no comparte tu ideología. Yo no puedo ni debo imponerle mi línea de pensamiento, y lo mismo sucede en su caso; así que en varias oportunidades la convivencia se ha tornado difícil para nosotros. En este caso, ¿qué es lo mejor que podemos hacer para coexistir lo más armónicamente posible? Primero, aceptar nuestras diferencias de pensamientos; segundo, reconocer el gran afecto que nos tenemos, y que eso debe prevalecer sobre muchas cosas; tercero, reconocer que si no hay un punto medio en nuestras discusiones, es mejor no hablar del tema para evitar posibles enfrentamientos. El respeto por el otro también se puede dar al no buscar una confrontación innecesaria, y eso es una forma de coexistencia.

No obstante, ¿podemos coexistir con aquellos que realmente nos hicieron verdadero daño? Estoy seguro de que Frankl era consciente de tan significativa interrogante porque, en varias oportunidades, relata las difíciles relaciones que mantuvo con los nazis y *kapos*⁴ para preservar su vida. Y, aunque toleró incontables abusos físicos y verbales, puso en práctica diferentes actitudes que me parecen importantes rescatar para aprender a resistir en nuestros tiempos.

Frankl explica que en las circunstancias más adversas siempre tendremos la capacidad de elegir la forma con la que afrontamos nuestros problemas. Sobre esto puntualiza lo siguiente:

⁴ Los *kapos* eran los prisioneros seleccionados por los nazis para vigilar y controlar al resto; en un punto, Frankl menciona que podían ser más crueles que los mismos nazis, inclusive.

Las experiencias de la vida en un campo demuestran que el hombre mantiene su capacidad de elección. Los ejemplos son abundantes, algunos heroicos; también se comprueba cómo algunos eran capaces de superar la apatía y la irritabilidad. El hombre *puede* conservar un reducto de libertad espiritual, de independencia mental, incluso en aquellos crueles estados de tensión psíquica y de indigencia física.

Los supervivientes de los campos de concentración aún recordamos a algunos hombres que visitaban los barracones consolando a los demás y ofreciéndoles su único mendrugo de pan. Quizá no fuesen muchos, pero esos pocos representaban una muestra irrefutable de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: *la última de las libertades humanas –la elección de la actitud personal que debe adoptar frente al destino- para decidir su propio camino.*⁵

Recuerdo haber leído que, durante el primer apagón, algunos comerciantes regalaban carnes a los transeúntes antes de que se pudrieran, mientras otros preferían vender las bolsas de hielo a precios elevados, motivados por la alta demanda de las mismas. En ambas situaciones, las personas eligieron cómo afrontar la caótica situación, demostrando así el talante de sus espíritus.

Aunado a lo anterior, Frankl argumenta que debemos mantener nuestra dignidad y conservar siempre una actitud correcta frente a las adversidades, actuar inteligentemente en momentos de crisis morales y no imitar las acciones de los criminales y deshonestos. Sobre esto, recapitularé otro episodio descrito por él.

Luego de su liberación del campo donde estaba recluido, Frankl caminaba con un amigo junto a un cultivo de espigas de trigo; él las evadió, pero su amigo lo arrastró hacia el sembrado. Frankl intentó razonar con su compañero sobre la inutilidad de dañar las

⁵ Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 90.

espigas, pero este, enfadado, argumentó que tenía el derecho de pisarlas por todo el daño que le hicieron los nazis.

Costaba tiempo y paciencia reconducir a esos hombres a aceptar la verdad lisa y llana de que a nadie le está permitido hacer el mal, ni aun cuando la injusticia se hubiese cebado con él.⁶

En muchas oportunidades he escuchado y observado actitudes similares. Personas que han sido objeto de toda clase de ignominias, y por ese motivo se creen con el derecho de hacer lo mismo a otros; o que han visto a terceros actuar indebidamente (aún en cosas aparentemente insignificantes como saltarse un semáforo en rojo), y repiten las mismas acciones. No obstante, ese “derecho” no le pertenece a nadie, puesto que ejercerlo nos mantendría en el mismo círculo vicioso del que queremos escapar e impediría nuestro desarrollo personal y social.

En definitiva, creo que una gran parte de la coexistencia consiste en saber cómo afrontar juntos, y de la manera más correcta posible, los tiempos lóbregos que vivimos. ¿Es una tarea fácil? En lo absoluto. La historia nos ha enseñado en numerosas oportunidades que coexistir con otros puede ser una faena dura, sobre todo en situaciones convulsas. No obstante, si hay algo que aprendí leyendo *El hombre en busca de sentido* es que resulta indispensable para la supervivencia y evolución del ser humano.

El valioso e imperecedero legado dejado por Viktor Frankl debe ser un recordatorio constante no solo de los tremendos crímenes de los cuales es capaz el hombre, sino también de su infinita capacidad para la bondad y el bien. Así, su relato traspasa el tiempo, convirtiéndose en el testimonio de una era oscura y, especialmente, en un faro de esperanzas para el futuro.

Los que leímos su citado libro debemos recordar siempre sus enseñanzas y los que todavía no lo han hecho deberían darle una oportunidad, puesto que, indudablemente, Frankl fue un gran ejemplo de la entereza que debe mantener una persona en las

⁶ Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 114.

circunstancias más duras y terribles. Es posible –tanto para los venezolanos, como cualquier persona de otro país– aprender mucho de él sobre cómo coexistir en épocas arduas o de grandes injusticias sociales.

Al igual que Frankl, la situación actual de Venezuela hace que me pregunte: ¿Cuál es el sentido de toda la locura e ignominia que padecemos? Honestamente, no lo sé, pero sí estoy convencido de que esta enorme y trágica prueba representa una monumental oportunidad de aprendizaje para todos. Incluso, las acciones que he podido observar (como algunas de las descritas) de auténtica solidaridad y fraternidad, producto de la misma situación, son las que me dan esperanzas de que estos tiempos sombríos terminarán.

Espero que más personas puedan conocer a este gran escritor, al igual que a tantos otros maestros como Vasili Grossman, Hannah Arendt, Alexander Solzhenitsyn o George Orwell, quienes convirtieron sus experiencias en enseñanzas para la humanidad. ¿Quién sabe? Capaz hasta consigamos prevenir incontables conflictos si los leemos con detenimiento.